

Pierre Drieu La Rochelle

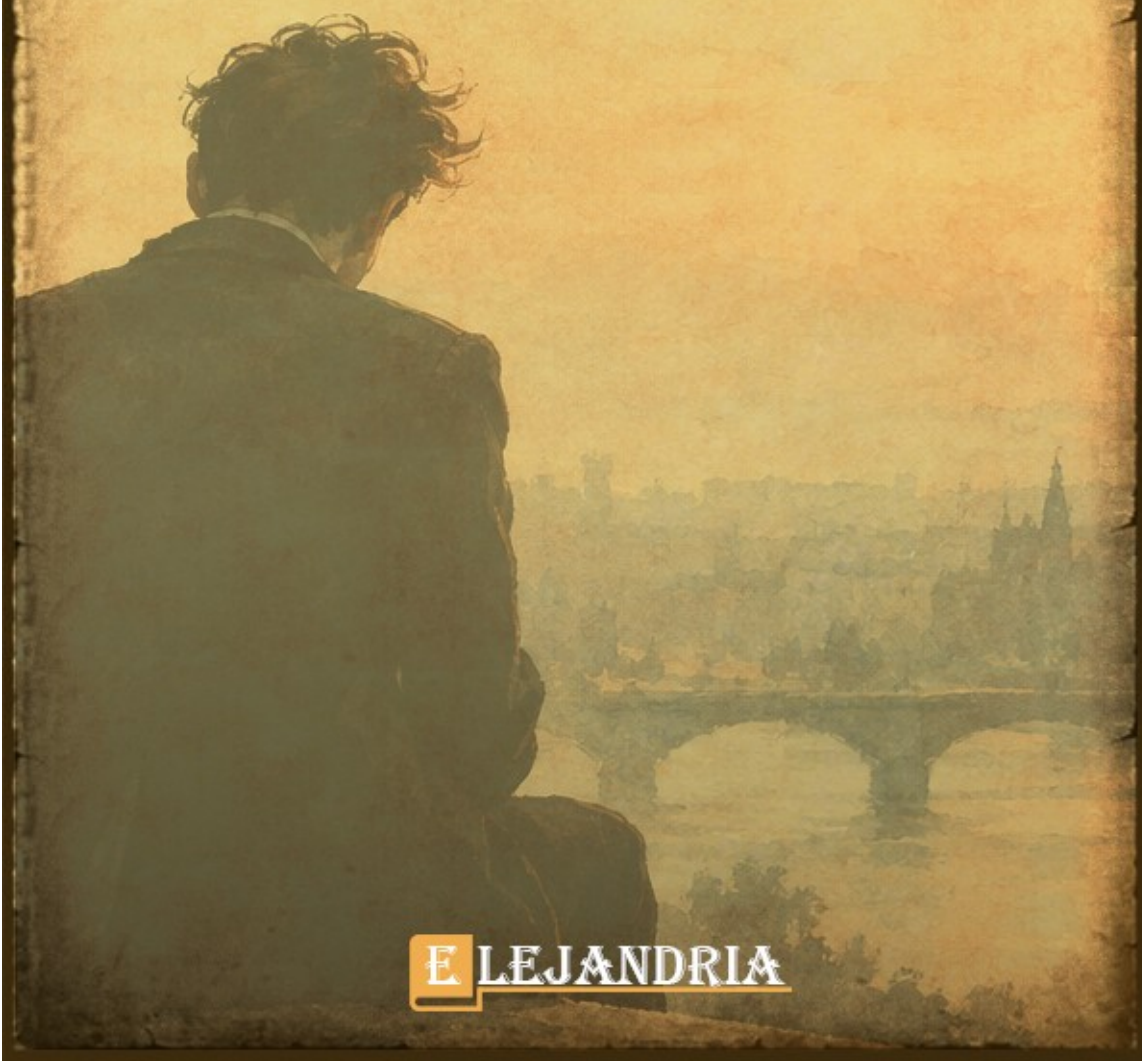
Adiós a
Gonzague



E LEJANDRIA

Pierre Drieu La Rochelle

Adiós a
Gonzague



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ADIÓS A GONZAGUE

PIERRE DRIEU LA ROCHELLE

PUBLICADO: 1931

FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: GALLIMARD, PARÍS, 1972

ADIÓS A GONZAGUE

Hacía tiempo que quería escribirle una disculpa a Gonzague. ¡Una disculpa! Sabía muy bien que el examen de conciencia que había hecho sobre nosotros a propósito de ti en *La maleta vacía* era insuficiente. Terrible insuficiencia de nuestros corazones y de nuestros espíritus ante el grito, la plegaria que era la tuya. Te veía arrojado a la calle con la maleta vacía, y ¿qué te ofrecía yo para llenarla? Te reprochaba no encontrar nada en el mundo, tan rico, tan lleno, para hacerte un viático. Pero yo no te daba nada. Pues al fin y al cabo quizás a quienes no encuentran nada y se quedan ahí, sin saber qué hacer, hay que reconocer que piden, y no hay más que una cosa que hacer: darles.

Lloré cuando una mujer telefoneó y dijo: «Os llamo para deciros que Gonzague ha muerto.» Hipocresía asquerosa la de esas lágrimas. Siempre la cobardía de la limosna. Se dan dos céntimos y uno se escapa. Y mañana por la mañana, con qué facilidad me levantaré a las cinco para ir a tu entierro. Siempre soy tan amable en los entierros.

A través de un extrarradio —los extrarradios son el fin del mundo— y luego una campiña de otoño, verde de legumbre cocida y oro pálido de dormitorio, bajo una lluvia torrencial, con un conductor que me hablaba de su motor, llegué a una de esas terribles casas de huéspedes donde se ve que la melancolía y la locura pueden llevarse muy bien con toda la mediocridad.

Estaba allí, bajo tu cama, la maleta abierta de par en par donde no podías meter finalmente más que una cosa, la más preciosa que tiene un hombre: su muerte. Gracias a Dios: habías guardado lo mejor y no te lo han arrebatado. En ese punto fuiste vigilante e inquebrantable: guardaste tu muerte. Me alegro mucho de que te hayas matado. Eso prueba que habías seguido siendo un hombre y que sabías muy bien que morir es el arma más fuerte que tiene un hombre.

Has muerto por nada, pero en fin tu muerte prueba que los hombres no pueden hacer nada en el mundo más que morir, que si hay algo que justifique su orgullo, el sentimiento que tienen de su dignidad —como lo tenías tú, que has sido sin cesar humillado, ofendido—, es que están siempre dispuestos a tirar su vida, a jugársela de un golpe por un pensamiento, por una emoción. No hay más que una cosa en la vida: la pasión, y solo puede expresarse mediante el crimen —de los demás y de uno mismo.

Tenías todos los prejuicios, todo ese tejido de la vida social de los hombres que es nuestra carne misma, que es una carne tan adherida como nuestra carne sexual y animal —y que no podemos más que volver contra nosotros mismos en un arranque magnífico y absurdo. Vivías —el tiempo que viviste— con toda la carne de los prejuicios vuelta sobre ti. ¡Desollado!

Creías en todo: en el honor, en la verdad, en la propiedad...

Tu habitación estaba bien ordenada, como todos los sitios por los que pasabas. Sobre la mesa, esos papeles, esas pequeñas herramientas, esas cajas de cerillas apiladas, esos papeles. Oh, literatura, sueño de infancia que siempre te volvía y que se había convertido en un fruto seco y ridículo que escondías en un cajón. Un bonito revólver, como todos esos objetos con los que jugabas. Todo era mortal en tus manos: todos esos cepillos sobre el tocador. Te peinabas el hermoso cabello vivo y salías: en los salones, en los bares, un sentimiento del amor imposible, nefasto crispaba el corazón de algunas mujeres.

No de todas. No gustabas a todas, ni a todos. Mucha gente te despreció y te negó. Eran más honrados que tus amigos, que nunca te reconocían sin reservas. ¿Por qué? También era culpa tuya: no tenías talento. Y habías cometido el error de hablar de ello.

Hay un bello enterrador en todo literato: no es la primera ni la última vez que derramo tinta sobre la tumba de un amigo.

Amaste algo en Cocteau y algo en Aragon. No recuerdo que hayas hablado nunca de Rimbaud.

Una noche te llevé flores de tan cobarde que era. Ya no me atrevía a hablarte, a gritarte mi fe. Mi fe en todo lo que odiabas, vomitabas, en todo lo que mataste de un disparo.

Como no tenías pasiones, tenías vicios. Como eras un niño, tus vicios eran golosinas. Y tus golosinas eran de niño: eras ávido de sueño y de juego, de juego y de sueño. Jugabas con tus trocitos de dios: fotos cómicas, recortes de periódicos, ¡qué sé yo!, y luego, charlando, seguías jugando con anécdotas... sacadas de los almanaques, rasgos de la impotencia humana de que estamos cruzados a diario. Y luego llegaba la noche. Entonces te drogabas, te picabas, reías, reías, reías. Tenías dientes para una carcajada inolvidable: fuertes y apretados y sólidos en una mandíbula fuerte, en un rostro de cuero amplio. Reías, te carcajeabas; y luego caías muerto. Pero renacías, en aquel tiempo, cada mañana siguiente. Como un fuego fatuo o un duende de los pantanos, renacías de una burbuja de aire mefítico. Tenías el cuerpo de un tritón y el alma de un duende.

Lo he visto, revolcado en vuestros vómitos de borrachos, aullar a la muerte en una caja de escalera por la que bajaba la luna, ante una puerta en cuya cerradura no había podido meter la llave.

Los paganos y los cristianos creen los unos en el cielo, los otros en la tierra: todos en el mundo. Yo soy de esos, soy de esos millones. ¿Por qué no me escupiste a la cara? Solo creías en los mecenas, en la gente de mundo, en los éxitos con las mujeres. Eras vulgar e incapaz de tu vulgaridad. Pues no tenías un andar elegante, aunque

a mí me emocionara hasta las lágrimas; te quedaba algo burgués en las posaderas que te impedía volar por las altas esferas. Eras tímido. Solo te amaban las mujeres a las que tú no amabas, o las mujeres perdidas que amaban su perdición en tu perdición.

Habrías querido escribir y eras tan inepto ante el papel como un miembro del Jockey. Por un punto te parecías a un miembro del Jockey.

Has muerto creyendo que la tierra estaba poblada de gente de mundo, de criados y de artistas amigos entre sí. Tenías miedo de los ladrones y los asesinos; preferías sacarles dinero a los de mundo. Eso te dolía. De eso has muerto. La gente no sabe dar. Pero ¿sabríamos recibir nosotros, si de pronto se supiera dar?

Recuerdo nuestra juventud, cuando nos bañábamos en Biarritz. Estabas enamorado, esperabas telegramas de Nueva York; hasta tu último día esperaste telegramas de Nueva York; llegaban a montones.

Las mujeres que amaste te amaron. Al menos eso dirán, pero no te han amado más que nosotros, tus amigos. Una vez más, la muerte nos sorprende a todos. ¿El gusto de los hombres? Si eso es verdad, parece que no fue más que una humillación más. Ibas cargado de ofensas: los bolsillos de los chalecos llenos de ellas. Ofensas-dijes.

Mi mayor traición fue creer que no te ibas a matar.

No tenías nada de bandido; te asustaba el dinero ajeno: eras un burgués visitado por la gracia y que le hacía ascos, lo cual prueba que la gracia era auténtica. Sí, un cristiano, aparentemente un cristiano; en el fondo, nada de cristiano en absoluto. Pues al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay entre un pagano y un cristiano? Poca. Una diferencia mínima en la interpretación de la Naturaleza. El pagano cree en la naturaleza tal como se muestra; el cristiano cree en la naturaleza, pero según el reverso que le supone. Cree que es un símbolo, una tela manchada de símbolos. En el día de la vida eterna da la vuelta a la tela y tiene la realidad del mundo: Dios. Así pues, el

pagano y el cristiano tienen la antigua creencia, creen en la realidad del mundo. Tú no creías en la realidad del mundo. Creías en mil pequeñas cosas, pero no en el mundo. Esas mil pequeñas cosas eran los síntomas de la gran nada. Eras supersticioso. Dulce y cruel refugio de los niños rebeldes y fieles hasta la muerte a su rebeldía: te prosternabas ante un sello de correos, un guante, un revólver. Un árbol no te decía nada, pero una cerilla estaba cargada de poder.

No te ocupaste demasiado de cerca de los fetiches negros, porque la belleza, sí la estudiabas de verdad bajo todas sus formas. No hacías trampas como la mayoría de nuestros contemporáneos. De verdad que no entendías nada. Te he visto bostezar ante un Manet como ante tu madre. Pero fuiste un verdadero fetichista como lo son las mujeres y los salvajes. En tu celda de suicida, cuando entré en ella, tu mesa no había cambiado. Estaba cargada de amuletos y de dioses. Dioses de miseria, como tienen las tribus que comen mal, que tienen sueño y que tienen miedo.

Solo se puede escribir sobre la muerte, sobre el pasado. Solo puedo comprenderte el día en que has terminado.

Nunca pensaste en Dios.

Ignoraste el Estado.

Así que no pudiste salir del círculo de tu familia y de tus taras. Estabas indefenso contra las herencias. No podías desligarte de tu padre ni de tu bisabuelo. Te he oído, borracho, gemir como un niño; tropezabas con tu cordón umbilical.

He vivido de ti, me he hartado de ti, no he terminado mi comida. Mis amigos me alimentarán hasta el fin de los siglos. Estoy obsesionado, habitado por mis amigos; no me dejan ni un instante. Eso es lo que querían decir con sus[1] y sus ángeles de la guarda.

Nunca he visto a un hombre más cristiano que tú, en apariencia. Lanzabas sobre todas las cosas la mirada desapegada del cristiano: el sol no brillaba, el mar no se movía, no era una buena temporada para los senos. Con qué pálida sonrisa me decías: «Es una mujer

hermosa»; con qué carcajada añadías: «Me la clavaría bien en el jergón.» Te he visto hacer el amor una vez; creo que es la herida más grande que he recibido en mi vida. Una erección perfectamente fácil, perfectamente impávida, y eyaculabas la nada. La mujer te miraba con ojos embotados por un espanto que tu mirada cortés helaba.

Sí, aparentemente nada más cristiano que tú. ¿No te habías puesto, sin saberlo, a la escuela de los dandis: un perfecto caballero cristiano? El autómatas, formado de una corbata impecable, impecante, que demuestra la existencia del alma mediante su ausencia. Brummell bebía y follaba como tú. Para parecerte a él, te faltaba autoridad.

Estaba la banda de los que querían morir, pero no una sola vez (como él) cien mil veces —que querían vivir habiéndose despojado de todo, de todo lo que es la vida.

Todos te decían que no valía la pena vivir. ¿Cuál es el hombre que lo ha vivido un poco más de lo que lo ha dicho —o escrito— que no valía la pena vivir?

Hay hombres que se han matado. Tú lo habías pensado, ya no lo pensabas, ya no hablabas de ello porque su muerte estaba dentro de ti.

Soy una plañidera; tomo el tono lacrimoso de los funerales. Después de todo, a la mierda: hay la otra cara. No tenías gusto para nada, no tenías talento para nada. Ya te lo he dicho, hace un momento. ¿De qué depende un pesimismo? Si hubieras tenido talento, seguirías con nosotros. Los que quedan, los que no se matan, son los que tienen talento, los que creen en su talento.

El talento: no hay que hablar mal de él. No quiero que se hable mal ni del talento de los jardineros ni del talento de los periodistas. El talento: quejáos de él a la Naturaleza, que cada día muestra su talento, su inmenso talento, y que no muestra más que eso.

No amabas lo que está vivo. Nunca te he visto amar un árbol o una mujer. Lo que soñabas con las mujeres era impedirles respirar.

La amistad. Engaño que por sí solo vale tanto como todos los demás. No tuviste ocasión de mostrar toda la amistad de que eras capaz. Es una ocasión que nunca se tiene en nuestros países y en nuestros tiempos. ¿Pero si la ocasión se hubiera presentado? Vamos, pongamos que habrías muerto por alguien o por algo que despreciabas, tú que despreciabas todo, tú que nunca quisiste ayudar a la vida.

Ella tampoco te ayudó.

Si uno tiene que escribir, es cuando tiene algo en el corazón. Si yo no escribiera hoy, entonces sí que podrían escupirme a la cara.

Nunca me escupiste a la cara. Es asombroso. Porque al fin y al cabo todo lo que yo amo, tú lo escupías, y habías vivido con hombres que escupieron sobre lo que yo amo y sobre mí. La última vez que me viste me dijiste que amabas a quien mejor me había escupido a la cara.

¿Qué se te podía decir? Nada. Pero con todo una rebelión o una irrisión —no, más bien una rebelión— me venía cuando sentía tu desagrado a merced de la menor coyuntura, igual que la mía
[2].

Habría hecho falta tan poco para domesticarte, para reencantarte. Hace falta tan poco para cambiar la filosofía, para que suba la calle en lugar de bajarla.

¿Hace falta tan poco? Pero solo los cebos más groseros te habrían vuelto a atar a la vida, a nosotros. La vida no podía obtener sobre ti más que una victoria bien mediocre.

El dinero, el éxito. No tenías más que elegir entre el barro y la muerte.

Morir es lo más bello, lo más fuerte, lo más que podías hacer.

[1] Palabra faltante en el manuscrito.

[2] Palabra faltante en el manuscrito.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB